los partidos se apagaron casi por completo en aquellos dias, y todos los españoles ofrecian su apoyo al Gobierno para iniciar una guerra eminentemente patriótica.

Aprovechóse el Gobierno de este entusiasmo para hacer aprobar, sin debate casi, los presupuestos para 1860, y tomando una actitud digna, apremió al Gobierno marroquí para que en un plazo breve diera cumplida satisfaccion de los insultos que la bandera española habia recibido en la frontera africana. Por su parte el Gobierno de Marruecos reconoció la justicia con que se le exigian aquellas satisfacciones y ofreció satisfacer nuestros agravios; mas no fiándose O'Donnell de sus palabras, hizo conocer su *ultimatum*, señalando un plazo fijo hasta el 15 de Octubre para que el Emperador de Marruecos diera las satisfacciones que se le exigian, y pasado que fuese dicho dia sin obtenerlas se manifestaba que el ejército español atravesaria las fronteras para tomar venganza de los ultrages recibidos.

Con vivo anhelo se aguardaba en toda España el vencimiento de aquel plazo, que aunque breve parecia demasiado largo al general entusiasmo y entre tanto se continuaban con la mayor actividad los necesarios aprestos y la concentracion de fuerzas militares en las costas africanas.

Llegó por fin aquel dia: el Gobierno marroquí manifestó que no podia conceder todas las garantías que España reclamaba, y conocida su respuesta, el Ministerio por conducto de su presidente el general O'Donnell, se presentó á las Córtes el 23 de Octubre y en medio del más vivo entusiasmo, hizo saber á los representantes del país y á la Nacion entera que era llegado el momento de llevar nuestras armas al territorio marroquí para castigar la osadía de los bárbaros africanos, y que él en persona tomaría el mando en jefe de la espedicion. El efecto de esta declaracion fué satisfactorio en sumo grado al Gobierno; el entusiasmo que ocasionó es indescriptible. Todos los diputados, todos los senadores, el pueblo todo manifestó del modo más esplícito sus simpatias hácia la guerra y dió á entender al Ministerio que olvidando por completo las divisiones políticas, todos sin escepcion le prestarian su más firme apoyo mientras durase la guerra y en todo lo que fuese necesario para sostener dignamente la honra nacional.

De 50.000 hombres se componia el ejército que iba á invadir el Africa, sin perjuicio de aumentar esta cifra hasta donde fuese necesario, dividiéndose en tres cuerpos de ejército, que mandaban los generales Echagüe, Zabala y Ros de Olano, y otro de reserva á las órdenes del general Prim.

El entusiasmo que en todo el Reino habia despertado la guerra contra los moros subia de punto cada dia, y principió á manifestarse palpablemente por medio de los numerosos donativos y ofertas que por todas partes se hacian para atender á los gastos de la empresa y para escitar el valor de los soldados, ofreciendo premios á los que más se distinguieran en aquella guerra nacional. No hubo Ayuntamiento, ni Diputacion provincial, ni corporacion alguna que no rivalizase en acudir con recursos de todos géneros á las necesidades de la guerra, y hasta los mismos particulares acudian gozosos á ofrecer cada cual los sacrificios que sus fortunas les permitian realizar. Dineros, pertrechos militares,

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación